

proyectos. Así, pues, sólo aspiraba por entonces á pasar el arroyo de Soleilmont y á ocupar la falda opuesta de las colinas pobladas de árboles que rodean la llanura de Fleurus. Vandamme llegó por fin con su infantería y se situó detrás de la caballería de Grouchy; pero ni él, ni Grouchy, ni Pajol, ni Exelmáns se atrevían á comentar el ataque antes de que Napoleón estuviese presente, porque se figuraban que todo el ejército prusiano se hallaba en masa detrás del arroyuelo de Soleilmont, lo que no tenía nada de extraño á juzgar por las simples apariencias. El general Pirch II, reforzado por algunos batallones de la división de Jagow, llenó de tropas los bosques que se encontraban á derecha é izquierda del camino, obstruyó el puente, y detrás de él formó muchos batallones en columnas cerradas. En la imposibilidad de ver lo que pasaba á través de la espesura de los bosques ni al lado opuesto de las colinas, nada más natural que la diversidad de suposiciones; y la imaginación, que representa un gran papel en la guerra, podía muy bien figurarse que detrás de aquel velo impenetrable se hallaba reunido todo el ejército prusiano. Pero la poderosa razón de Napoleón, más poderosa aún que su imaginación, le hacía ver en lo que tenía delante de sus ojos, un enemigo sorprendido que no había tenido el tiempo necesario para concentrar sus fuerzas. Al día siguiente debía ser otra cosa, pero por el momento Napoleón estaba plenamente convencido de que sólo tenía que habérselas con una ó dos divisiones, y consideraba que un golpe de mano bastaría para desalojarlas del punto que ocupaban. Partiendo de este principio ordenó acto continuo el ataque, encargando á sus generales que arrebatasen á los prusianos la posición que manifestaban empeño en defender.

El arroyo que separaba á entrambos enemigos partiendo de la abadía de Soleilmont, que los franceses descubrieron á su izquierda, pasaba delante de ellos bajo un pequeño puente y caminaba hacia su derecha á perderse en el Sambra cerca del Chatelet. El mariscal Grouchy dirigió por la derecha los dragones de Exelmáns y les ordenó que atravesasen á nado el arroyo para llamar la atención por un lado. Al mismo tiempo tres columnas de infantería, una de la guardia joven y dos del cuerpo de Vandamme, se dirigieron á tomar el puente. Los prusianos, amenazados por un doble ataque de frente y de flanco, se apresuraron á batirse en retirada, porque sus instrucciones eran: contener la marcha de los franceses, evitando trabar con ellos un combate formal. Atravesaron, pues, el arroyo casi sin dificultad, pero Napoleón vió entonces con despecho que se escapaba de sus manos la infantería prusiana. Impaciente por alcanzarla, destacó en su persecución los cuatro escuadrones de la guardia que servían á sus inmediatas órdenes. El general Letort se lanzó sobre los prusianos al frente de estos cuatro escuadrones, los alcanzó en el momento en que se formaban en cuadros en un terreno despejado del bosque, destruyó uno de los cuadros, le acuchilló casi en su totalidad, y cargando sobre un segundo grupo consiguió destruirle del mismo modo; pero al correr en busca de una tercera victoria pereció desgraciadamente. Los prusianos dejaron en poder de los franceses algunos centenares de muertos y de heridos, y de trescientos á cuatrocientos prisioneros, pero pagamos muy caro este triunfo con la pérdida del general

Letort. Era un oficial de caballería de los más inteligentes, atrevidos y valerosos. Napoleón sintió mucho su muerte y en Santa Elena le consagró algunas líneas suficientes para inmortalizarle.

Los dragones de Exelmáns, terminando el rodeo que estaban encargados de ejecutar á la derecha, persiguieron á los prusianos de Pirch y de Jagow, y no se detuvieron hasta que se encontraron en los linderos de los bosques. Sólo una vanguardia avanzó hasta Fleurus (1).

Conseguido este resultado, Napoleón se volvió á Charleroy para informarse de lo que había ocurrido en su ala izquierda y á su retaguardia. No había oído el cañón de Ney, y esto le había sorprendido con extremo, pero no tardó en conocer el motivo de la inacción del mariscal.

Al separarse de él encontró Ney en los alrededores de Gosselies al general Reille con las cuatro divisiones del 2.º cuerpo, las cuales después de atravesar el Sambra no habían cesado de avanzar en la guerra, podía muy bien figurarse que detrás de aquel velo impenetrable se hallaba reunido todo el ejército prusiano. Pero la poderosa razón de Napoleón, más poderosa aún que su imaginación, le hacía ver en lo que tenía delante de sus ojos, un enemigo sorprendido que no había tenido el tiempo necesario para concentrar sus fuerzas. Al día siguiente debía ser otra cosa, pero por el momento Napoleón estaba plenamente convencido de que sólo tenía que habérselas con una ó dos divisiones, y consideraba que un golpe de mano bastaría para desalojarlas del punto que ocupaban. Partiendo de este principio ordenó acto continuo el ataque, encargando á sus generales que arrebatasen á los prusianos la posición que manifestaban empeño en defender.

Los dragones de Exelmáns, terminando el rodeo que estaban encargados de ejecutar á la derecha, persiguieron á los prusianos de Pirch y de Jagow, y no se detuvieron hasta que se encontraron en los linderos de los bosques. Sólo una vanguardia avanzó hasta Fleurus (1).

Conseguido este resultado, Napoleón se volvió á Charleroy para informarse de lo que había ocurrido en su ala izquierda y á su retaguardia. No había oído el cañón de Ney, y esto le había sorprendido con extremo, pero no tardó en conocer el motivo de la inacción del mariscal.

Al separarse de él encontró Ney en los alrededores de Gosselies al general Reille con las cuatro divisiones del 2.º cuerpo, las cuales después de atravesar el Sambra no habían cesado de avanzar en la guerra, podía muy bien figurarse que detrás de aquel velo impenetrable se hallaba reunido todo el ejército prusiano. Pero la poderosa razón de Napoleón, más poderosa aún que su imaginación, le hacía ver en lo que tenía delante de sus ojos, un enemigo sorprendido que no había tenido el tiempo necesario para concentrar sus fuerzas. Al día siguiente debía ser otra cosa, pero por el momento Napoleón estaba plenamente convencido de que sólo tenía que habérselas con una ó dos divisiones, y consideraba que un golpe de mano bastaría para desalojarlas del punto que ocupaban. Partiendo de este principio ordenó acto continuo el ataque, encargando á sus generales que arrebatasen á los prusianos la posición que manifestaban empeño en defender.

Entre las dos divisiones de caballería reunían cuatro mil quinientos caballos, y como vemos, Ney podía contar con más de veinticinco mil hombres. A su aspecto, la división de Steinmetz, temiendo si persistía en cubrir el camino de Bruselas verse enteramente separada del ejército prusiano, se volvió haciendo un rodeo al camino de Namur y descubrió con esta maniobra los Quatre-Bras. Ney, á quien Napoleón había recomendado que se abriese camino hacia Fleurus, destacó la división Girard para que observase á la división Steinmetz y después reuniendo la división Bachelú con cerca de cuatro mil quinientos infantes y los cuatro mil quinientos jinetes de Piré y de Lefebvre Desnoettes, avanzó al frente de estos nueve mil hombres. Dejando á sus espaldas las divisiones de infantería de Foy y de Jerónimo, que entre las dos contaban cerca de doce mil hombres y además los veinte mil de Erlón, no tenía ciertamente motivo alguno de temor. Desde Gosselies hasta los Quatre-Bras hay sobre poco más ó menos tres leguas métricas que pueden recorrerse en dos horas y media á paso redoblado. Es verdad que los soldados de Reille habían ya andado siete leguas métricas, pero habiéndose puesto en movimiento á las tres de la mañana habían tenido catorce horas para ejecutar este trayecto y habían descansado más de una vez. Por consiguiente podían añadir otras tres leguas á las fatigas de la jornada, sin hacer abuso de sus fuerzas. Ney contaba, pues, con los medios de cumplir á Napoleón la palabra que le había dado de apoderarse de los Quatre-Bras; pero de pronto, cuando avanzaba llegó á su oído el estruendo del cañón de Vandamme que resonaba á lo largo del arroyo de Soleilmont, y le sobrecogieron las más vivas inquietudes. Temió que Napoleón hubiese hallado al ejército prusiano en masa, y en este caso

(1) El mariscal Grouchy se ha quejado en uno de sus escritos de que Vandamme no quisiera avanzar más durante esta maniobra, pero Napoleón al explicar en Santa Elena, refutando la obra del general Rogniat, los motivos que tuvo para contenerse, ha justificado plenamente la conducta del general Vandamme, (N. del A.)

debía tenerlo á sus espaldas. Comenzó, pues, á titubear y en vez de obrar, deliberó.

A las inquietudes que le inspiró el cañón que acababa de oír no tardaron en reunirse otras nuevas. Cerca de Frasnés, que está á poca distancia de los Quatre-Bras, distinguió una masa de infantería que le pareció inglesa, por más que no llevase el uniforme británico, porque procedía del punto que ocupaban los ingleses. Impulsado por el mismo motivo que poco antes había detenido en Gilly á Vandamme. Grouchy, Pajol y Exelmáns, los que habían creído tener delante al ejército prusiano en masa, pensó que podía muy bien hallarse enfrente de la vanguardia de Wellington, y en tal caso al replegarse esta vanguardia como una cortina descorrida de pronto, no tardaría en descubrir el grueso del ejército británico.

Ney, á pesar de su bravura, indeciso como la mayor parte de los generales franceses, se vió asaltado por el doble temor que le inspiraban las fuerzas que en su concepto avanzaban hácia él por el frente y la espalda; y se detuvo delante del camino abierto de los Quatre-Bras, es decir, delante de la fortuna de la Francia, que estaba allí y que él con sólo extender la mano hubiera infaliblemente conquistado.

¿Qué había, con efecto, ante sus ojos en aquel momento? Nada más que lo que veía. El duque de Wellington no se había movido de Bruselas, y nada había ordenado, porque los avisos que había recibido por la mañana eran muy vagos; pero el príncipe de Sajonia Weimar, procedente de la división Perponcher, una de las que componían el cuerpo del príncipe de Orange, suplió á las instrucciones que no había recibido, y aconsejado por una inspiración hija exclusivamente del buen sentido, se dirigió desde Nivelles hasta los Quatre-Bras con sólo cuatro mil soldados de Nassau. El mariscal Ney se detuvo, pues, delante de cuatro mil hombres de una mediana infantería contando como contaba con cuatro mil quinientos de infantería excelente, y esto sin los cuatro mil quinientos de caballería de primera calidad que también tenía á su mando. Si hubiera dado un paso más, seguramente hubiera puesto en fuga al destacado enemigo en un abrir y cerrar de ojos.

Es cierto que Ney podía temer habérselas con más de cuatro mil hombres, pero en muy poco tiempo iba á reunir veinte mil con la llegada de las demás divisiones del general Reille, y era preciso calcular pésimamente para creer que el ejército inglés, sorprendido á las diez ó las once de la mañana, hubiera ya recibido de Bruselas órdenes de concentración; y aun siendo así, que hubiera tenido tiempo para ejecutarlas. De todos modos, disponiendo de una fuerza de cuatro mil quinientos caballos, ¿cómo no cerciorarse de lo que había, cómo no enviarlos para explorar el campo? Aunque hubiera sido preciso aventurarse á dar una carga de caballería, esto hubiera bastado para descifrar el misterio. Ney, que al día siguiente y al subsiguiente día fué como siempre el más heroico de los hombres, dejó de ser en aquella ocasión el audaz general que en Jena y en Eylau comprometió á los franceses en sangrientas batallas por adelantarse demasiado temerariamente. Pero ¡ay! nada de extraño tiene que el que ha sido demasiado atrevido se llegue á intimidar. Ney no pasó de Frasnés, situado á una legua de los Quatre Bras, dejó

la división de Bachelú con la caballería de Piré y de Lefebvre-Desnoettes y se dirigió á Charleroy para dar cuenta al emperador de lo que había ocurrido.

Napoleón, que desde las tres de la mañana hasta las nueve de la noche no se había apeado de su caballo, sufriendo durante estas diez y ocho horas las consecuencias de una indisposición que le aquejó por entonces, quiso descansar algunos minutos, y desde su cama escuchaba las relaciones que le hacían y dictaba las órdenes oportunas. A doce de la noche se levantó y recibió á Ney, que acudió á referirle lo que había hecho y á exponerle los motivos de sus dudas. Napoleón se acoloraba algunas veces cuando todo iba bien, pero en las situaciones delicadas y graves se mostraba sumamente amable y bondadoso, porque no quería agitar por sí mismo á los hombres á quienes ya agitaban suficientemente las circunstancias. Así, pues, no reconvinó al mariscal por más que fuese deplorabilísima la falta de ejecución de las órdenes que le había dado (1). Por

(1) Nos parece llegado el caso de examinar las diversas aserciones á que han dado lugar las órdenes verbales transmitidas á Ney por el emperador en la tarde del 15, y lo haremos con la mayor brevedad posible para edificación de los que se complacen en presentar con latitud superabundante la crítica de la historia. Por de pronto el coronel Heymés, ayudante de campo del mariscal Ney, en una relación sincera, pero consagrada á probar que el mariscal no cometió ninguna falta durante estas tristes jornadas, ha manifestado que Napoleón no demostró al mariscal ningún descontento por su modo de obrar en la tarde del 15, que hasta cenó con él y le trató amistosamente. Después de haber consultado á muchos testigos oculares, creemos exacta esta aserción. La torpeza del mariscal podía ser reparada, y Napoleón que le necesitaba en aquella ocasión se hubiera guardado muy bien de herir su susceptibilidad sin motivos de suma gravedad. El descontento fué mucho mayor al día siguiente, y se lo manifestó con entera franqueza, como no tardarán en ver nuestros lectores. Así, pues, en nuestro concepto al tratarse de las reconveniones dirigidas á Ney por Napoleón, se han trastornado los hechos achacando á la visperas lo que no tuvo lugar hasta el día siguiente. Pero hay una cuestión infinitamente más importante, la de saber si Napoleón reconvinó con fundamento á Ney, y si con efecto le mandó de una manera precisa que ocupase los Quatre-Bras. Se ha negado que las cosas pasasen de este modo, y se ha pretendido que al ordenar Napoleón á Ney que alejase á los ingleses por el camino de Bruselas, no mencionó para nada los Quatre-Bras. Por mi parte creo absolutamente lo contrario, y voy á presentar en apoyo de mi opinión pruebas que me parecen decisivas.

Toda buena crítica histórica descansa sobre dos fundamentos, los testimonios y la verosimilitud; vamos á examinar si estas dos especies de pruebas corroboran la aserción que he aceptado.

Respecto de testimonios directos, no existe más que el de Napoleón y ninguno en contra.

Napoleón ha escrito dos reseñas de la campaña de 1815, la una viva, espontánea, anterior á toda discusión, dictada en Santa Elena al general Gourgaud, y publicada con el nombre de este general; la otra estudiada, meditada, más científica, con mayor colorido, pero en mi concepto menos verídica; por lo demás, entrambas admirables y destinadas á vivir como todas las obras de su potente genio.

Napoleón, contando su coloquio con Ney, afirma en las dos con la mayor naturalidad, que designó expresamente los Quatre-Bras, recomendando al mariscal que se dirigiese sin pérdida de tiempo á este punto. En la primera reseña firmada por el general Gourgaud, nos ofrece detalles tan precisos de sus palabras y de las respuestas del mariscal Ney, quien afirmó que conocía el paraje que le indicaba y la importancia de su posesión, que en mi concepto es imposible suponer que Napoleón haya falsificado la verdad. Si su aserción fuese falsa, no hubiera sido su impudencia al engañar á la posteridad menor que la que emplean los detenidos para engañar al tribunal de policía correccional. Por mi parte, soy tan enemigo como cualquiera del yugo que Napoleón ha hecho



otra parte, todavía era tiempo de reparar el mal, y en su conjunto no podía hallarse descontento de la jornada.

Napoleón, reuniendo en torno suyo desde cien leguas de distancia los ciento veinticuatro mil hombres que componían su ejército, había logrado sorprender a los

pesar sobre la Francia, pero siento en mí la doble fuerza necesaria para adorar la libertad y ser justo al apreciar los actos de un déspota. Napoleón ha disimulado con frecuencia durante su reinado, algunas veces hasta ha engañado para llevar a cabo sus empresas; pero en Santa Elena, en donde no se ocupaba más que de la historia, fué el que menos mintió entre los contemporáneos, porque ninguno le aventajaba en memoria y orgullo, y apreciaba su gloria lo bastante para no fundarla en lo que acerca de ella pudieran escribir sus generales. No creo, pues, que haya alterado la verdad respecto del particular de que nos ocupamos, particular que, sea dicho de paso, nadie había puesto en duda en la época en que Napoleón escribía. En cuanto al mariscal Ney, conociendo el emperador en Santa Elena sus desgracias, le trató con las más nobles consideraciones.

¿Hay tan siquiera un solo testimonio contra el suyo? No por cierto. ¿Ha negado el mariscal Ney? Tampoco. Es verdad que cuando el heroico mariscal expiró herido por las balas francesas, ninguna duda se había suscitado sobre este punto, porque sólo había sido objeto de controversia la famosa carga de caballería que ejecutó en la jornada de Waterloo; pero de todos modos lo positivo es que no se sabe nada del mariscal que pueda ser presentado como un argumento contrario al testimonio de Napoleón.

Además ha existido un testigo ocular y auricular, el mayor general, el mariscal Soult. Durante su vida ha repetido con frecuencia que el día 15 de junio, en las primeras horas de la tarde, oyó á Napoleón mandar al mariscal Ney que se dirigiese á los Quatre-Bras. El duque de Elchingen, hijo del mariscal Ney, joven general muerto en la campaña de Crimea cuando su inteligencia y los nobles sentimientos de su corazón le granjearan el aprecio de todo el mundo, se impuso la misión de defender por completo la gloriosa memoria de su padre, que no necesitaba ser defendida; pero nada más natural y honroso de la parte de un hijo que esta determinación, aun llevándola más allá de lo verdadero, cegado en cierto modo por el amor filial. El duque Elchingen buscó al mariscal Soult, y este último, movido por un sentimiento que se comprende en presencia de un hijo, pareció no acordarse de que Napoleón hubiese dado á Ney el 15 la orden de dirigirse á los Quatre-Bras. El mismo duque ha publicado su conversación con el mariscal Soult en un escrito que vió la luz con el título de *Documentos inéditos relativos á la campaña de 1815*. Pero he aquí un testimonio diametralmente opuesto, tan respetable como el primero. El general Berthezene, que mandaba una de las divisiones de Vandamme, cuenta en sus Memorias tan interesantes como verdícas, t. II, pág. 359, que Napoleón, en las primeras horas de la tarde del 15, recomendó vivamente al mariscal Ney la ocupación bien precisa de los Quatre-Bras, y añade que este detalle se lo había referido el mariscal Soult, testigo ocular del coloquio de Ney con Napoleón. Cuando el general Berthezene escribía estas líneas, el mariscal Soult vivía y hubiera podido desmentir la citada aserción.

Así pues, el testimonio del mariscal Soult ha sido referido contradictoriamente, y por mi parte, creo más bien el que fué publicado en 1818, es decir, en una época inmediata á los sucesos, que no el posterior dictado bajo la influencia de un hijo que pide en cierto modo por la memoria de su padre.

Pero dejando á un lado un testimonio que puede ser considerado como contradictorio, nos queda todavía el testimonio único de Napoleón, ofrecido espontáneamente, anterior á toda discusión y con todo el carácter de sencillez y de veracidad que puede desearse.

Analizadas estas pruebas, tenemos todavía otra que en mi concepto es superior á todos los testimonios humanos, la verosimilitud.

Para que el día 15 á las cuatro de la tarde no hubiese Napoleón conocido la importancia de los Quatre-Bras, y hubiese impulsado á Ney sin asignar un objeto preciso á su marcha, hubiera sido necesario ó que no hubiese mirado el mapa, ó que hubiese sido el hombre más inepto del mundo. El lector puede juzgar si son verosímiles cualquiera de las dos suposiciones que acabo de indicar.

prusianos y á los ingleses tomando entre ellos una posición que por fuerza debía obligarles á combatir aisladamente. Este resultado era incontestable, porque tenía á su derecha y á muy corta distancia á los prusianos en la dirección de Namur, y á su izquierda, pero mucho

De todos los generales conocidos, el que pasa por haber estudiado con más profundidad la topografía es Napoleón: los que han vivido con él ó han leído sus órdenes y su correspondencia lo saben. Su meditación sobre el mapa era prodigiosa, y á esto ha debido ser el primer militar del mundo en la dirección de los movimientos generales, que él llamaba la parte sublime del arte. En la ocasión de que vamos hablando, era preciso que hubiese estudiado profundamente el mapa para escoger con tanto acierto el punto de Charleroy por el cual podía atravesar los cantonamientos del enemigo é interponerse entre los dos ejércitos aliados. Eligió á Charleroy porque desde este punto caía á plomo sobre la gran calzada de Namur á Bruselas, que era por donde las dos masas enemigas debían reunirse; desde allí podía lanzarse en dos direcciones, en la de Sombreffe si tomaba por la derecha el camino de Namur, en la de los Quatre-Bras si tomaba por la derecha el camino de Bruselas. En Sombreffe detenía á los prusianos, en los Quatre-Bras á los ingleses. En este último punto hacía más, impedía á las fuerzas del ejército británico que ocupaban el frente desde Ath á Nivelles reunirse con las que formaban la reserva en Bruselas. Así pues, los Quatre-Bras era una posición mucho más importante que la de Sombreffe, y al paso que pensaba dirigirse á Sombreffe por Fleurus no hubiera imaginado dirigirse á los Quatre-Bras por Frasnes.

Pero no es esto todo. Por de pronto no tenía prisa en detener á los prusianos, al contrario se hallaba dispuesto á dejarles avanzar para combatirlos en seguida, mientras que quería á toda costa contener á los ingleses para estorbarles que acudiesen á socorrer á los prusianos. Consideraba de tan grande importancia esta última medida, que para realizarla enviaba sus principales fuerzas, situadas entonces al lado opuesto del Sambre, es decir, las de Reille, Erlón, Piré y Lefebvre-Desnoettes, con cuarenta y cinco mil hombres; y habría formado esta masa, habría puesto al frente de ella al vigoroso Ney únicamente para mandarle con vaguedad que avanzase hacia el enemigo del ala izquierda? Le habría dicho: *Id hasta Frasnes*, cuando desde este punto nada podía impedir, y no: *Id á los Quatre-Bras*, á una legua de Frasnes, desde donde podía estorbar que los ingleses se reunieran entre sí y se juntaran con los prusianos? Sería preciso suponer muchas cosas imposibles para demostrar la inepticia en semejante circunstancia de uno de los más grandes capitanes del mundo. Al día siguiente por la mañana Napoleón, en una orden escrita, precisaba los Quatre-Bras de un modo claro para hacer comprender la importancia que daba á la posesión de este punto; ¿cómo era posible que la víspera hubiese dejado de conocer lo que pocas horas después proclamaba con tanta seguridad? ¿Puede pensarse que se dirigió á Charleroy, un punto tan admirablemente elegido, por pura casualidad, y que sólo por la noche estudió el mapa del país no descubriendo sino después de este estudio los Quatre-Bras? Lo repito, estas aseveraciones son imposibles tras de imposibles, inverosimilitudes tras de inverosimilitudes. Ahora bien, mientras que este ignorante, este perezooso, este aturdido se lanzaba á través de las masas enemigas sin haber mirado el mapa, el duque de Wellington, que ciertamente no estudiaba el mapa como Napoleón (sus planes lo prueban) no pensaba más que en apoderarse de los Quatre-Bras. Sus generales, aun los menos nombrados, se dirigían á este punto, como no tardaremos en ver, á toda prisa y hasta sin haber recibido todavía las órdenes del general en jefe. Y ¿es verosímil que sólo Napoleón, el obcecado Napoleón, que al día siguiente tan bien debía abrir los ojos, no se fijase en los Quatre-Bras; es verosímil que en una posición tan difícil, tan delicada como la suya, confiase al mariscal Ney las dos quintas partes de sus fuerzas entonces reunidas, dándole una orden como nunca las había dado, es decir, una orden vaga, ambigua, como las que dan los generales ineptos: *Avanzad*, sin indicarle adónde, cuando le separaba una legua de distancia de los Quatre-Bras? Crea quien quiera semejante suposición, por mi parte no deseo violentar al lector, le dejo en libertad de adoptar cualquiera de las dos versiones; pero el historiador es un jurado, y con la mano sobre la conciencia, declaro que á mis ojos existe una certeza absoluta en favor de la aserción que he preferido. Nadie más que yo se interesa por la víctima sagrada inmolada en 1815 á

más lejos, á los ingleses, en la dirección de Bruselas. Estaba, pues, seguro de que en cuanto sus tropas reposasen aquella noche se encontrarían al día siguiente con los prusianos mucho antes de que los ingleses pudieran acudir en su socorro, con lo cual se lograba su deseo de combatir á los dos ejércitos uno después de otro. No cabe duda en que hubiera sido mejor que Ney hubiera tomado los Quatre-Bras para impedir á los ingleses prestar socorro á los prusianos; pero lo que no se había verificado en la tarde del 15, podía muy bien hacerse en la mañana del 16 mientras que Napoleón se batía con los prusianos, y hasta con la premura suficiente para que Ney pudiese enviarle algunos destacamentos. De todos modos debían estar en comunicación por su espalda mientras que cada cual combatía por su lado. Por consiguiente puede afirmarse que hasta entonces había salido bien, puesto que á pesar de la irresolución de Ney estaban reunidos en masa los franceses entre los prusianos y los ingleses, habiendo sorprendido á los primeros en un estado de semiconcentración y á los segundos en un estado de dispersión completa. Si algo había que sentir respecto de las operaciones verificadas durante el día, era la torpeza de Ney, porque desde las cinco hasta las ocho pudo muy bien ocupar los Quatre-Bras con los veinte mil hombres de Reille que se hallaban apoyados por los veinte mil de Erlón. Pero Napoleón, satisfecho del resultado total, y conociendo que las faltas cometidas podían muy bien enmendarse, trató amistosamente al mariscal, y á las dos de la mañana le ordenó que volviese á Gosselies, demostrándole de nuevo la importancia de los Quatre-Bras y prometiéndole órdenes precisas en cuanto recibiese y comparase los informes de sus generales. Después se acostó para descansar dos ó tres horas, mientras que sus tropas descansaban las siete ú ocho que les eran indispensables después de lo que habían marchado durante el día y antes de los combates que al día siguiente debían sostener.

El ejército francés se hallaba distribuido en aquel momento del siguiente modo: á la derecha Grouchy con la caballería ligera de Pajol y los dragones de Exelmans dormía en los bosques de Lambusart, teniendo una sencilla vanguardia en Fleurus; Vandamme estaba detrás de Grouchy, pero más allá de Gilly, adonde habían llegado después de recorrer un trayecto de siete á ocho leguas con un calor inmenso. En el extremo de la derecha, Gerard con el 4.º cuerpo se había apoderado del puente de Chatelet, pero no llegó á él hasta muy tarde, porque tuvo que esperar á una de sus divisiones en Philippeville y desde este punto al Chatelet le separaba una distancia de siete leguas. Se encontraba en el Sambre y sus tropas ocupaban por mitades las dos orillas de este río.

pasiones deplorables, pero la gloria de Ney, aunque se equivocase en alguna ocasión, no disminuye á mis ojos en nada: lo que yo busco es la verdad. Ella es, y aunque lo he dicho repetidas veces, no cesaré jamás de demostrarlo, ella es la que debemos buscar, encontrar y poner de manifiesto, dejándola después confiada á su suerte. La verdad es santa, y ninguna causa justa puede sufrir por ella. La gloria militar de Napoleón no consigue probar que su despotismo valga más y la libertad menos. Se trata únicamente de pronunciarse con toda sinceridad entre él y uno de sus generales. Cualquiera que sea el fallo, no podrá hacer que Napoleón sea menos grande ni Ney menos heroico. (N. del A.)

En el centro la guardia de á pie había atravesado el Sambre, pero la de á caballo, la caballería de la reserva, el 6.º cuerpo (el del conde de Lobau), la reserva de artillería, el gran parque y los bagajes, no habían podido, por falta de tiempo, pasar los puentes de Charleroy atestados de hombres, de caballos y de cañones. Con todo era ya mucho que hubiesen andado los unos seis leguas, los otros siete, á pesar del calor sofocante, con un inmenso material y á través de angostos desfiladeros. Por lo demás les bastaban dos ó tres horas para encontrarse al día siguiente al lado opuesto del Sambre. A la izquierda en el camino de Bruselas tenía Ney en Frasnes la división de infantería de Bachelú, la caballería de Piré y de Lefebvre-Desnoettes; detrás desde Mellet á Gosselies, el resto del 2.º cuerpo, una división del cual, la de Gerard, había sido enviada á Wagnelée; y por fin entre Gosselies y Marchiennes al conde de Erlón con todo el primer cuerpo. Este último, que se había entregado al descanso muy temprano, podía entrar en acción en las primeras horas de la mañana siguiente. En esta posición, contando Napoleón á la derecha con Grouchy, Pajol, Exelmans, Vandamme y Gerard, que disponían de cerca de treinta y ocho mil hombres; á la izquierda con Ney, Reille, de Erlón y Lefebvre-Desnoettes, que tenían cuarenta y cinco mil, y en el centro la guardia, Lobau, el grueso de la caballería, la reserva de artillería y los parques, entre todos cerca de cuarenta mil, que no necesitaban más que dos ó tres horas para atravesar el Sambre; en esta situación, repetimos, Napoleón podía desde el amanecer lanzarse sobre los prusianos ó sobre los ingleses, separados los unos de los otros por la posición que había conseguido ocupar, y escoger con pleno albedrío según las circunstancias el adversario á quien quisiese atacar durante el día.

En el cuerpo del general Gerard había ocurrido un suceso lamentable. El general de Bourmont con su ayudante de campo el coronel Clouet había tomado una resolución fatal para el resto de su vida, la de abandonar el ejército el 15 por la mañana, en el instante en que todas las columnas francesas se ponían en movimiento. Enérgico en la guerra, amable y juicioso en la vida civil, estimado en el ejército imperial, en donde había servido de una manera brillante, buscado por los realistas sus antiguos amigos, á los que hubiera podido ofrecer un nombre militar bastante reputado, se hallaba entre los dos partidos, veía las torpezas de entrambos, los juzgaba, los condenaba; pero no decidiéndose por ninguno de los dos, el general Bourmont se negó al principio volver al antiguo servicio, por más que sus gustos le inclinasen á ello, y la modicidad de su fortuna le obligase á aceptar el puesto que le brindaban. Cediendo por fin al natural deseo de continuar su carrera y habiendo obtenido, gracias al general Gerard, un mando en armonía con su grado, no tardó en arrepentirse al saber que la Vendée se insurreccionaba y que sus parientes y sus amigos eran tratados con rigor. Acosado al mismo tiempo por las reconveniones de los realistas tomó de pronto la resolución de abandonar el ejército para dirigirse á Gante. El 14 por la tarde comunicó al general Hulot, el más antiguo de sus comandantes de brigada, que pensaba ausentarse al día siguiente, sin darle cuenta del motivo que le impulsaba á obrar así; le transmitió las instrucciones del general



en jefe para que las ejecutase, envió al general Gerard su amigo, su fiador, una carta excusándose, y después atravesó las avanzadas enemigas declarando que iba á reunirse con el rey Luis XVIII. Divulgada instantáneamente la noticia de este suceso en el 4.º cuerpo, produjo en él una exasperación extraordinaria, y lejos de abatir á las tropas no hizo más que exaltarlas, aumentando en los soldados la desconfianza que les inspiraban los jefes, hasta el punto de considerar como sospechosos á todos los que no conocían desde hacía mucho tiempo, á todos aquellos á quienes no profesaban un verdadero afecto. El general de Bourmont, que emprendió su marcha el 15 por la mañana, no llegó al cuartel general prusiano hasta el mediodía, cuando la entrada de los franceses en Charleroy había ya revelado á Blücher cuanto necesitaba saber. Así, pues, el paso que daba el general de Bourmont le perjudicaba con extremo y no ofrecía ni utilidad ni honor á su partido, que debía triunfar por otros medios y por causas más generales.

Los jefes aliados no habían empleado el tiempo tan bien como Napoleón. El mariscal Blücher no había recogido durante el día 14, mientras que los franceses se reunían en Beumont, más que noticias vagas de su proximidad. Sin embargo, por la noche tomaron los rumores más consistencia, y ordenó á Bulow (4.º cuerpo), establecido en Lieja, y á Thielmann (tercer cuerpo), establecido entre Dinant y Namur, que se trasladasen á este último punto. Asimismo prescribió á Pirch II (2.º cuerpo) que se encaminase á Sombreffe, y á Ziethen (tercer cuerpo) que se concentrase entre Charleroy y Fleurus. Expulsado Ziethen el 15 por la mañana de Charleroy, y al mediodía del puente de Soleilmont, se había replegado á Fleurus. Pirch I acudió á ocupar en Sombreffe la gran calzada que conducía desde Namur á Bruselas. Thielmann se dirigía al mismo punto. Bulow, advertido demasiado tarde, salía de Lieja para acercarse á Namur. El fogoso Blücher tenía intención de aceptar la batalla el 16 entre Fleurus y Sombreffe, sin aguardar al ejército británico, pero con la esperanza de ver llegar una buena parte de él á los Quatre-Bras.

Los ingleses, bien fuera por efecto de su carácter ó bien por las distancias, no habían desplegado la misma actividad.

El duque de Wellington, celoso en conservar sus comunicaciones con el mar, resolvió no dejarse alucinar por falsas demostraciones, y esperar para ponerse en movimiento á que los ataques se determinasen lo bastante en uno ú otro sentido, con lo cual se exponía á engañarse, impulsado por el temor de que Napoleón le engañase. Aunque recibió más de un aviso de la proximidad del enemigo, avisos dados por franceses, lo que parece mentira, no ordenó ningún movimiento, esperando siempre á que las cosas se esclareciesen de un modo indubitable. Con todo, hubiera podido formar sus divisiones para no tener que transmitirles más que una orden de marcha, cuando se hubiese fijado en la dirección que debía darles; pero como mandaba á soldados que le perdonarían mejor que los llevase á la muerte que no que los fatigase, no tomó por entonces ninguna resolución.

El día 15 le participó de un modo positivo el general prusiano Ziethen la aparición de los franceses, y en vista de esto, ordenó que se reunieran sus tropas en torno de

los tres cuarteles principales del ejército inglés, en Ath á la derecha y en Braine-le-Comte á la izquierda, conservando en Bruselas la reserva; pero no por eso dejó el duque de asistir á un sarao que en la noche del 15 dió en Bruselas la duquesa de Richemont. Por la noche en medio de la fiesta que reunía á los jefes del ejército inglés con todos los diplomáticos acreditados en la corte de Gante, recibió la noticia circunstanciada de la entrada de las tropas francesas en Charleroy y de su marcha al lado opuesto del Sambra. Acto continuo, pero sin llamar la atención, se retiró de los salones donde se celebraba la fiesta de la coalición y fué á dictar las órdenes oportunas.

Prescribió á su reserva que se pusiese en marcha sin perder un instante desde Bruselas hasta los Quatre-Bras, y encargó al general Hill y al príncipe de Orange que por medio de un movimiento de derecha á izquierda se dirigiesen, el primero desde Ath á Braine-le-Comte, y el segundo desde Braine-le-Comte á Nivelles, recomendando especialmente al último que enviase á los Quatre-Bras todas las fuerzas de que pudiera disponer con este objeto. Por fin el mismo duque salió de Bruselas por la noche para encontrarse al amanecer entre los Quatre-Bras y Sombreffe, tener una entrevista con el mariscal Blücher, y armonizar sus esfuerzos con los del ejército prusiano.

Mientras que el general inglés dictaba estas instrucciones algo tardías, sus lugartenientes, aconsejados sin duda por el peligro, tomaban medidas mejores, y sobre todo más prontas que las suyas. El jefe de estado mayor del príncipe de Orange, al saber la aparición de los franceses en Charleroy, reunió en la tarde del 15 la división Perpóncher, una brigada de la cual, la del príncipe de Sajonia Weimar, se dirigía espontáneamente á los Quatre-Bras. Este mismo jefe de estado mayor concentraba en los alrededores de Nivelles la división Chassé y la caballería de Collaert, de tal manera que al llegar el príncipe de Orange á su cuartel general iba á encontrar, gracias á la previsión de un subordinado, prescritas y en parte ejecutadas las medidas más apremiantes.

Así, pues, durante la noche del 15 el ejército inglés se ponía en movimiento por todos los puntos, pero no tenía una división entera en los Quatre-Bras, mientras que el ejército prusiano, más próximo y más pronto advertido, podía reunir la mitad de su efectivo en la llanura de Fleurus, y presentar al enemigo en la mañana del siguiente día por lo menos las tres cuartas partes de sus fuerzas.

Napoleón, que se acostó á las dos de la madrugada, estaba ya de pie á las cinco. A pesar de sufrir por entonces las consecuencias de una indisposición bastante incómoda, había pasado diez y ocho horas á caballo el día 15, y el 16 iba á hacer otro tanto, prueba evidente de que por nada del mundo se disminuía su prodigiosa actividad (1). Antes de recibir los informes de sus ge-

(1) Los testimonios contemporáneos relativos al estado de la salud de Napoleón durante las jornadas de esta campaña, son muy contradictorios. El príncipe Jerónimo, hermano de Napoleón, y un cirujano agregado al estado mayor, me han asegurado que por entonces sufría Napoleón de la vejiga. Mr. Marchand, uno de sus más inmediatos servidores y hombre de una veracidad intachable, me ha declarado lo contrario. Por lo tanto, no es fácil deducir la verdad en medio de estos testimonios contradictorios, aunque

nerales, ya se había fijado la conducta que debía observar durante la jornada del 16. Hallándose el cuartel general inglés á catorce leguas á la izquierda, y el cuartel general prusiano á ocho, en el lado opuesto; encontrándose además concentrados los cuerpos del ejército prusiano, mientras que los del inglés estaban diseminados desde el Escalda al Sambra, no tenía la menor duda de que durante el día vería reunidos los prusianos en la llanura de Fleurus, no sucediéndole lo mismo con los ingleses hasta el día siguiente lo más pronto. Encaminarse hacia la derecha para trabar el combate con los prusianos y colocar á la izquierda un fuerte destacamento para contener á las primeras tropas inglesas, era evidentemente la resolución que dictaba el estado de las cosas bien comprendido; pero aunque equivalentes á la certeza, estas conjeturas no eran absolutamente determinantes, y necesitaba esperar los informes de las avanzadas para dar órdenes definitivas. Si el ejército en masa hubiera podido la víspera atravesar el Sambra, contando de este modo con los medios de obrar inmediatamente, no cabe duda en que hubiera valido más tomar una resolución acto continuo, marchando sin perder tiempo en las dos direcciones indicadas, enviando en ambas direcciones las fuerzas necesarias para contrarrestar el peligro previsto; pero aun no habían pasado el río veinticinco mil hombres lo menos, y de éstos, diez mil de caballería y el gran parque de artillería, tenían que atravesar el puente de Charleroy y las estrechas calles de la ciudad. Semejante operación exigía tres horas cuando menos, y mientras que se ejecutaba, y las tropas que se encontraban en la opuesta orilla del río descansaban de las fatigas del día anterior, Napoleón dejaba correr el tiempo suficiente para recoger las noticias que le comunicase la caballería ligera, noticias de suma importancia, porque estaba entre dos ejércitos enemigos, y lo que era peor, sus generales se hallaban algo atemorizados, porque cada cual se creía tener delante á los prusianos y los ingleses reunidos. Por otra parte, el 16 de junio debía ofrecerle diez y siete horas de día, y un retraso de tres horas no podía ser de gran consideración.

Napoleón, después de dirigirse á varios puntos y de escuchar por sí los informes de los espías y de la caballería ligera, se confirmó en las conjeturas que desde la víspera había formado. En los Quatre-Bras no debía haber más que las tropas inglesas diseminadas antes en los alrededores de este punto, mientras que las tres cuartas partes del ejército prusiano podían hallarse reunidas entre Fleurus y Sombreffe. Una comunicación

sinceros, y pudiera presentar otras pruebas concernientes á esta época, y no menos extraordinarias, de la dificultad que hay para poner de acuerdo las aserciones de testigos oculares, todos presentes en los sucesos que afirman, y todos verídicos, al menos de intención. No emprenderé sin embargo esta tarea para no sobrecargar con notas enfadosas el texto de esta historia, y me limitaré á decir que cualquiera que fuese por entonces el estado de la salud de Napoleón, su actividad no se resintió de él, como se verá por nuestro relato. Respecto de sus movimientos, los he comprobado con numerosos y auténticos testimonios, habiéndome servido particularmente de los que me ha facilitado el general Gudín, digno hijo del ilustre Gudín muerto en Valoutina, que á la sazón contaba diez y siete años, y como primer paje de Napoleón era el encargado de presentarle su caballo. Ni un solo instante abandonó al emperador, y la exactitud de su memoria y la sinceridad de su carácter me autorizan á dar fe á sus aserciones. (N. del A.)

de Grouchy fechada á las seis de la mañana le anunció que el ejército prusiano se desplegaba todo entero enfrente de Fleurus. Era preciso, pues, correr á su encuentro por dos razones capitales: la de que era el único que se hallaba al alcance de los franceses, y la de que marchando adelante sin combatirlo, le dejaban sobre su flanco y á sus espaldas. Napoleón, después de examinar nuevamente sus mapas, dictó sus órdenes á las siete de la mañana y las dictó verbalmente al mayor general, para que las transmitiese por escrito á los diversos jefes de los cuerpos. Comenzó por la derecha, en donde la concentración apremiaba más, y ordenó á los cuerpos de Vandamme y de Gerard (3.º y 4.º) que avanzasen hacia Fleurus. Vandamme, que había pasado la noche en las cercanías de Gilly, sólo tenía que andar dos leguas y media, y tres Gerard, que había acampado en el Chatelet. Suponiendo que no hubiese ningún retraso en la expedición de las órdenes, estas tropas no podían llegar al punto que les designaban antes de las once de la mañana. Era lo bastante, puesto que hasta las nueve de la noche habría tiempo para sostener el combate. Napoleón envió también en la dirección de Fleurus á la guardia, que había acampado en los alrededores de Charleroy, y la reforzó con la división de coraceros de Milhaud, que contaba con más de tres mil jinetes, todos de primer orden. Vamos á ver ahora qué misión se proponía confiar á los coraceros de Valmy.

Estas fuerzas que acabamos de indicar (1), comprendiendo la caballería ligera de Pajol, los dragones de Exelmáns, los cuerpos de infantería de Vandamme y de Gerard, la guardia, los coraceros de Milhaud, y por último la división Girard, destacada el día anterior del cuerpo de Reille para abrir camino hacia Fleurus, no bajaban de sesenta y tres á sesenta y cuatro mil soldados

(1) He procurado comprobar las fuerzas con la misma exactitud, con la misma precisión que las horas y los movimientos; y en mi concepto los siguientes números son los que más se acercan á la verdad:

	Pajol . . . . .	2.800 hombres	
	Exelmáns . . . . .	3.300	
	Milhaud . . . . .	3.500	
A las órdenes de Napoleón en la dirección de Fleurus.	Vandamme . . . . .	17.000	} Lefebvre Desnoettes estaba con Ney.
	Gerard . . . . .	15.000	
	Guardia (infantería) . . . . .	13.000	
	» (caballería) . . . . .	2.500	
	» (artillería) . . . . .	2.000	
	Girard (división destacada del cuerpo de Reille)	4.500	
		64.000	
El cuerpo de Lobau intermedio . . . . .		10.000	
		74.000	- 74.000
A las órdenes de Ney en los Quatre-Bras	Caballería Piré . . . . .	2.000	
	Reille (sin Girard) . . . . .	17.000	
	De Erlón . . . . .	20.000	
	Lefebvre-Desnoettes . . . . .	2.500	
	Valmy . . . . .	3.500	
		45.000	- 45.000
			119.000
Parques, hombres, rezagados, heridos y muertos en los combates de vanguardia del 15. . . . .			5.000
			124.000